

GENERALIDADES MILITARES Y ANTECEDENTES DE LA CAMPAÑA DEL SUR 1.819 A 1.824



Mayor

ROBERTO IBÁÑEZ SANCHEZ

Trabajo realizado por el Mayor Roberto Ibáñez Sánchez, con motivo de su posesión como Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia, el día 22 de noviembre de 1971.

La Campaña del Sur de Colombia que se inició el 9 de agosto de 1819 con la huida de Santafé del Coronel Sebastián de la Calzada a la cabeza del Batallón Aragón y apenas terminó el 12 de julio de 1824 con el fusilamiento del General realista Agustín Agua-

longo, comprende en el mismo teatro de operaciones dos frentes distintos: el primero al Norte de la ciudad de Pasto hasta el Valle del Cauca, y el segundo conformado después de la insurrección de Guayaquil, al noreste de esta ciudad hasta Quito; naturalmente

ambos obraron a manera de tenaza sobre el eje del dispositivo realista colocado en posición central.

Aún cuando el presente estudio comprende detalladamente a cada uno de los dos frentes, el del Norte que gesta la cruenta batalla de Bomboná, ofrece los puntos de vista más interesantes y particulares, ya que la campaña sobre Pasto, en esencia militar difiere completamente de las de Boyacá, Carabobo y Ayacucho. En primer lugar, allí el ejército patriota a excepción de algunos jefes está integrado casi totalmente por granadinos, que encuentran en el área geográfica su peor enemigo; la empinada topografía del maciso colombiano constituye por sí solo una serie sucesiva de barreras inabordables, especialmente los cañones del Patía, Juanambú y el Guáitara con su inhóspito clima, profundos abismos y escarpadas montañas. En segunda instancia, el ejército realista está compuesto por nativos de la zona que conocen palmo a palmo el terreno, son valientes hasta el heroísmo, fanáticos defensores del Rey, y sobre todo comandados por oficiales españoles de excelentes conocimientos militares y arrojo que van a hacer una guerra defensiva, obstinada, tenaz y a veces cruel: Don Sebastián de la Calzada y Don Basilio García.

Por estas razones, los jefes patriotas incluyendo al propio Libertador, fracasaron en cada una de sus tentativas por conquistar para la República la provincia de Pasto, que solo se rindió pacíficamente después de la batalla de Pichincha, aun cuando volvió a suble-

varse después, necesitándose definitivamente para su rendición de lo más granado del ejército libertador con Sucre y Córdoba a la cabeza.

En relación con la modalidad de lucha empleada, bien podemos afirmar que se trató de hábil combinación de un dispositivo defensivo impenetrable alrededor de Pasto, con fuerzas guerrilleras de cobertura, encargadas de ablandar al ejército invasor hasta presentarlo completamente disminuido frente a la ciudad, para hacer de él lo mismo que con el de Nariño en 1814. Si Don Basilio García no logró concretar este último objetivo, se debió como ya se dijo al triunfo de Pichincha y a que Bolívar previendo la derrota, con suficiente anticipación tenía garantizada su retirada.

El frente que va a culminar en Pichincha, tiene en cambio un sabor militar más clásico, aun cuando la ascensión de la costa a los Andes era empresa difícil pese al espíritu patriótico de algunos pueblos del interior; de ahí que antes de llegar Sucre a Guayaquil, ecuatorianos y peruanos hubieran fracasado ostensiblemente en su proyección hacia Quito e inclusive el mismo Sucre en su primera tentativa por Babahoyo y Guaranda; siendo solamente realizable el plan, cuando se conjugaron esfuerzos y sobre todo cuando llegó el hombre que tenía en su mente la inspiración del momento psicológico de la batalla, el de las cargas decisivas, el otro medio de la genialidad militar de Sucre: el bravo neogranadino José María Córdoba.

Quizá se pueda parangonar en algunos aspectos las jornadas de Bomboná, Pichincha y Ayacucho; tal la circunstancia de la infantería como arma decisiva de las batallas, ya que las cargas de Riobamba y Junín, apenas fueron destellos fugaces de las Queseras del Medio y el Pantano de Vargas. Acá la geografía puso límite a la gloriosa historia de los centauros del Apure y Casanare, para dar paso, sobre la majestad de los Andes, a las irresistibles acometidas de la infantería granadina bien secundada por la ecuatoriana, venezolana y peruana. Pero la similitud más bella y significativa entre Pichincha y Ayacucho, es el concurso del espíritu fraternal y heroico de cada una de las repúblicas suramericanas que pugnaron por su independencia de España; soldados de la Colombia grande, del Perú, Chile y la Argentina, luchando codo a codo, rompieron para siempre las cadenas del despotismo y ganaron con su esfuerzo y sangre la libertad.

Ocupada la capital del antiguo virreinato de la Nueva Granada, el Libertador Simón Bolívar, en una de sus más afortunadas providencias nombró como Vicepresidente de las Provincias Libres al General Francisco de Paula Santander, quien desde el primer momento puso de relieve todas sus extraordinarias capacidades administrativas para convertir este departamento en la más importante base de operaciones de la guerra de independencia hispanoamericana. Por razones estratégicopolíticas, en 1819 y 1820, los abundantes recursos humanos, morales y ma-

teriales del país, en su mayoría los llevó el Libertador hacia Venezuela, pero el Vicepresidente no descuidó en ningún momento la consolidación de la independencia del resto de Cundinamarca; el bizarro Teniente Coronel de 19 años, José María Córdoba, con escasas fuerzas ganó la libertad de Antioquia, el Chocó y Bajo Magdalena; Mariano Mantilla y José Prudencio Padilla, lograron la de Santa Marta y finalmente Joaquín París la de Mariquita, Neiva y Popayán, quedando para 1821 en poder de los españoles, solamente la plaza de Cartagena y la irreductible provincia de Pasto que, apoyada en el espíritu de sus habitantes y por el Capitán General de Quito don Melchor Aymerich, se convirtió en una verdadera muralla protectora de los intereses del Monarca.

La situación del teatro de operaciones del Sur que constituye nuestro interés, inicialmente tuvo carácter secundario y sus hechos militares sembraron un abanico sobre el área geográfica del Juanambú al Valle del Cauca y Páramo de Guanacas, en el límite de las provincias del Cauca y Neiva, pero después de la insurrección de Guayaquil y un poco más tarde de la batalla de Carabobo, se convirtió en el frente más importante del ejército libertador, hasta el punto de que Bolívar envió allí a su mejor General y luego personalmente asumió el mando de las operaciones.

Pero para comprender mejor los acontecimientos del Sur, conviene remontarnos a sus inmediatos antecedentes. Calzada pudo salvar de Santafé,

los restos del Batallón Aragón, unos 400 hombres (1) cuyo jefe era Don Basilio García, tomando el camino a Popayán, ciudad afecta al Rey, gracias a la notable influencia del Arzobispo Salvador Jiménez de Enciso Cobos y Padilla, verdadero artífice espiritual de la resistencia realista, donde muy bien podía con el concurso de los fieles patianos y pastusos y el apoyo de Quito, levantar una fuerte división y volverse contra Santafé (2). Ese era su espíritu y criterio ofensivo, que con mucha razón ha llevado a los críticos militares a aseverar que si Barreiro hubiera entregado a principios de julio el mando de la tercera división realista a Calzada, probablemente Bolívar no hubiera pasado de las peñas de Gámeza y Tópaga o del Pantano de Vargas.

Mientras tanto al ocupar el ejército libertador a Santafé, por razones de índole político se preocupó más de la captura del Virrey Don Juan Sámano, que había huido con una pequeña guardia personal por el camino de Honda a Cartagena, que de la persecución de la importante fuerza de Calzada, pues a pesar de que el Coronel Ambrosio Plaza salió con tal propósito, posteriormente recibió orden de regresar, quedando esta misión encomendada al Teniente Coronel Joaquín París, el cual salió de la capital con su famoso Batallón Cazadores de la Nueva Granada el 18 de septiembre. Es bueno recordar cómo este cuerpo constituido íntegramente de reinosos durante el desarrollo de la campaña fue quizá el más aguerrido de la in-

fantería patriota. Desde Tame ocupó la Vanguardia para abrir el camino del reino sobre las Termópilas de Paya y constituirse en la mejor garantía del ejército libertador después del paso del páramo de Pisba, pues fue el único batallón que llegó a Socha en condiciones de combatir. Así lo probó en el terrible combate de Gámeza y Tópaga el 11 de julio, al salvar a toda la infantería patriota, cuando durante seis horas sostuvo solo el combate contra el ejército español, ofreciendo la vida de su Comandante el intrépido Arredondo, de la tercera parte de sus oficiales y sargentos y de la cuarta parte de sus soldados. Sobre decir además que en Vargas peleó intrépidamente cada palmo de terreno y en Boyacá fue el primero en cruzar el puente de la victoria.

Pero volvamos al orden de los sucesos. La retirada de Calzada tuvo por cierto muchas dificultades ocasionadas principalmente por el espíritu independiente que animaba a los pueblos de las provincias de Mariquita y Neiva, hallándose seguro solamente cuando el 3 de septiembre entró a Popayán. Mas, los vallecaucanos que en el período de la primera República, capitaneados por Joaquín Caycedo y Cuero y José María Cabal, dieron tan señaladas y gloriosas muestras de amor a la patria, al tener conocimiento del desastre español en Boyacá se aprestaron nuevamente a la lucha; primero dispersaron una guerrilla patiana de 200 hombres que operaba a órdenes del temible Simón Muñoz, después en Cartago, destrozaron una fuerza de 200 soldados

del batallón Victoria, luego organizados al mando del Teniente Coronel José María Álvarez, el 2 de septiembre, cerca de Caloto capturaron al fugitivo gobernador Domínguez y 80 españoles que en su mayoría fueron pasados por las armas.

De tal suerte y ante tamaña amenaza del norte, Calzada con increíble actividad organizó en Popayán, en menos de 10 días, una división de más de 1.000 hombres y envió 500 soldados escogidos entre lo mejor de su infantería y caballería al mando del Teniente Coronel Miguel Rodríguez a apaciguar aquella región; pero la actividad guerrillera de los vallunos hostilizó de tal modo al cuerpo realista, que prácticamente cortó sus comunicaciones con Popayán, obligándolo a marchar a Buga donde el General Joaquín Ricaurte, quien había salido de los bosques donde estaba oculto desde 1816, le esperaba con una importante fuerza de voluntarios patriotas.

El combate tuvo lugar cerca de Buga, el 28 de septiembre: las fuerzas de Rodríguez tomaron posición en la hacienda de San Juanito con la infantería parapetada en las edificaciones y la caballería en el ala izquierda; Ricaurte avanzó con la infantería al centro, la caballería protegiendo sus flancos, y una pequeña reserva de lanceros; era un encuentro de 500 soldados del ejército realista contra algo más de 1.000 guerrilleros y reclutas patriotas.

La acción se inició al medio día con una carga de la caballería independiente sobre la enemiga, la cual fue

rechazada por la infantería, ya que los jinetes se replegaron a la parte de atrás de la hacienda y el trapiche; seguidamente avanzó la infantería patriota siendo rechazada por dos veces consecutivas, hasta que, según lo afirma el parte de batalla, "como el atrincheramiento del enemigo y los profundos fangales inmediatos impedían la acción de la caballería, se dispuso que esta formara en círculo a una cuadra de distancia y que la infantería sostuviese el fuego por los puntos en que lo permitía la cerca que rodeaba la casa".

Con preceptos tácticos tan sencillos, la acción se tornó al fin favorable a los republicanos, especialmente cuando el valiente lancero Joaquín Bermúdez, acompañado de la heroína María Antonia Ruiz, prendieron fuego a los galpones, obligando a los realistas a salir a campo abierto con los brazos en alto.

Como resultado de la acción se tomaron 200 prisioneros que siendo casi todos venezolanos, pasaron inmediatamente a engrosar el ejército patriota y quedó el Valle del Cauca libre de la dominación española (3).

La pérdida del cuerpo realista en San Juanito, obligó a Calzada a evacuar a Popayán; pero dejemos que sea el mismo jefe español, quien en oficio a Aymerich, nos ilustre sobre el particular.

"Doy a usted las gracias por la complacencia que usa conmigo en su favor recida de 28 del pasado a que contesto manifestándole las nuevas ocurrencias que han dado motivo a retirarme ha-

cia Pasto, pues ya no era posible sostener a Popayán, punto muy abierto y expuesto al insulto de cualquier partida, como usted lo sabe, contra los rebeldes que marchan de La Plata y los insurreccionados del Valle, a quienes se ha unido otra división enemiga de quinientos hombres venidos de Santa Fe al mando de Santander (*). Hubiera conservado la provincia y hecho todos los esfuerzos para que no la ocupasen los enemigos si la división que mandé a apaciguar el Valle hubiera tenido un buen suceso, pues en este caso contaba con todos los recursos de aquel país y principalmente con la caballería, que es indispensable, atendida la disposición de aquel terreno llano. Pero no ha sucedido así: los del Valle se han conmovido de tal modo y tan generalmente que todos han tomado las armas contra nosotros y no ha quedado uno que no haya peleado; pues primeramente han acometido a cerca de ciento cincuenta hombres nuestros que escapaban de Santa Fe por Cartago y los han destruido. Y después, en número de más de mil hombres, han atacado a la división de Rodríguez, que era el que yo había mandado al Valle y derrotándola sin que haya podido escapar ninguno y quedando el mismo Rodríguez prisionero, cuya misma suerte será tal vez la del Comandante Simón o en caso de haber escapado, habrá sido solo ayudado de su mucha baquía, pues los del Valle, como tengo dicho, ocupan todos los caminos y se presentan armados en todas partes. De tal suerte que para mandar un pliego a Rodrí-

guez, me propuse enviarlo con veinticinco dragones bien montados y escogidos y ni aún así pudo pasar hasta él. Añada usted a todo esto que la tropa que han batido en el Valle los enemigos, era toda la mejor; los que venían por Cartago eran del batallón de la Victoria, y la que llevaba Rodríguez, que montaba a quinientos hombres, era la mayor parte los mejores hombres de caballería y la infantería escogida con lo más lucido de los oficiales, quienes puedo asegurar eran los primeros de todo el ejército. La división de Pasto, lejos de poderme ser útil, la he hecho marchar con anticipación hacia retaguardia para que no me sirviese de embarazo. Son todos los de esa división campesinos sin instrucción ni disciplina y lo que es peor, que su desarreglo no tiene sino muy pocos fusiles útiles, según me lo manifiesta su Comandante don Estanislao Bellota. Aun con todo se pudiera haber sacado partido de ellos si hubiesen llegado en tiempo a Popayán; pero ni estos ni ningún otro auxilio he recibido mientras he estado en Popayán. He pensado pues ocupar a Juanambú y defender su paso en caso que lo intenten los enemigos. Entre tanto haré componer el armamento y poner algún orden en la división de Pasto, organizando todo lo demás con los auxilios que usted me ha mandado y los demás que espero de gente y dinero, que no tengo ninguno" (4).

El 21 de octubre el Teniente Coronel Joaquín París ocupó a Popayán en medio de la soledad de sus calles y expectativa de los pobladores atemo-

rizados por las terribles excomuniones del obispo para quienes ayudaran o simpatizaran con los "insurgentes". Este prelado, abandonando a su grey, también había salido días antes hacia Pasto con las tropas de Calzada donde su tenaz prédica tantos males produciría luego a la República. Es bueno aclarar además, que durante las dos semanas que demoró en llegar a la provincia el bizarro Comandante del Cazadores con su cuerpo, los triunfadores de San Juanito, Cartago y Caloto, disueltos en bandas sin instrucción, disciplina ni jefes responsables, se dieron al pillaje y a otra serie de abusos y tropelías que exasperaron a la población civil dando lugar al desprestigio de las armas de la república y a una guerra despiadada y cruel, en la que naturalmente también tuvo buena cuenta el Coronel Calzada al exaccionar violentamente a las pocas familias patriotas e indifeerntes de Popayán y llevarse consigo a las más acaudaladas (5).

Por otra parte, a pesar de la estimación personal que el General Santander guardaba por el Comandante París, temeroso de que su juventud y arrojo diera margen al activo y zorro Calzada de prepararle alguna de sus tretas militares, nombró Gobernador de Popayán y jefe de las tropas en el Sur, al Coronel Antonio Obando, quien durante la pasada Campaña había sido jefe del batallón 19 de Línea de la Nueva Granada, oficial de probado valor, patriotismo y actividad, pero en extremo confiado, y por consiguiente inapropiado para tan delicada misión.

Aun cuando personalmente no soy amigo de especular con las hipótesis, yo creo sin embargo que de haber continuado París con el mando en Popayán, esta ciudad no hubiera podido reconquistarla después Calzada, o al menos se habría librado una batalla menos deshonrosa para la Patria.

El notable Vicepresidente de las provincias libres también nombró al Coronel José María Cancino como Gobernador del Chocó y dio precisas instrucciones para organizar batallones de 500 plazas cada uno, en Antioquia, Cauca y Neiva con las denominaciones de Cazadores 2, 3 y 4 de la Nueva Granada; además en el Valle del Cauca hizo levantar algunos escuadrones de caballería, en el Socorro con los sobrevivientes de la heroica Legión Británica dispuso la formación del batallón Albión y a los Guías de Apure del Coronel Carvajal los reforzó con 150 jinetes de Cundinamarca.

El Coronel Obando llegó a Popayán a principios de noviembre, donde tomó eficaces medidas para organizar la administración y poner en buen pie las tropas, con la esperanza de un notable refuerzo para emprender operaciones sobre el Patía y Pasto; lamentablemente dadas las circunstancias de encontrarse en un ambiente hostil, las anteriores providencias no fueron suficientes, pues hizo falta más control sobre la población civil y sobre todo, espionaje, circunstancia que le mantuvo un tanto ignorante respecto a la situación del enemigo.

Entre tanto Calzada al retirarse a Pasto, fortificó el Juanambú y distri-

buyó convenientemente las guerrillas patianas para que hostilizaran las avanzadas republicanas al sur de Popayán y simultáneamente le mantuvieran informado de los movimientos independientes; actividad que los astutos cuan ignorantes y fanáticos indígenas cumplieron con la mayor diligencia, bien secundados por los moradores del área. El entusiasmo y fervor con que los pastusos recibieron al realista fue inmenso, al repique de campanas todo el pueblo se reunió para ofrecerse en defensa de la sagrada religión de sus mayores y de su Rey; pero antes de continuar, es interesante ahondar un poco sobre las causas determinantes de tamaña conducta.

Aparentemente resulta incomprensible el hecho de que, pacíficos agricultores que vivieron durante la época colonial en sana paz, como lo fueron los españoles, mestizos e indígenas de Pasto, al eco de las dianas libertadoras hubieran sacudido sus escondidos atributos bélicos para hacerlos relucir con tenacidad y heroísmo en defensa de la causa tradicional. Mas, adentrándonos un poco en el ambiente geográfico, sociológico y político del momento, podemos justificarlos en buena parte.

En primer lugar, la geografía en que se desarrolló la situación histórica, especialmente por su plegada topografía, la carencia de vías de comunicación e impracticabilidad de los escasos senderos existentes, que apenas permitían un deficiente comercio con Quito y Popayán, hizo que los pobladores de Pasto recibieran con atraso los efectos

ideológicos derivados de la revolución francesa y por consiguiente, se mantuvieron al margen de las inquietudes de otras ciudades del Reino como Santafé, Cartagena, Tunja, Socorro, etc. El olvido de la región llegó a tal extremo, que ni siquiera las autoridades virreninales se tomaron el trabajo de hacerles efectivos los impuestos existentes, lo cual llevó a la ciudad y sus campos a una situación de autosuficiencia económica, sosiego y conformismo. Por otra parte, el paisaje que les sirvió de escenario, con su tono gris, su ambiente frío y lúgubre, sin más horizontes que las brumas de las montañas o los abismos sin fondo de los ríos, creó en el alma de sus gentes el temor ante el misterio, el afán por lo sobrenatural, el egoísmo y principalmente la resistencia al cambio, determinada además por un espíritu religioso rayano en el fanatismo, espíritu que el clero español cuidó muy bien de mantener, fomentar y relacionar en favor del poder político del Rey y del económico de las personas influyentes de rancio abolengo. Así podemos afirmar que mientras la mayoría de ciudades del Virreinato se ocupaban de las nuevas ideas liberales, Pasto vivía prácticamente en un ambiente mezclado de feudalismo y absolutismo. Por eso, al grito de independencia de Quito, la ciudad se aprestó a defender los derechos legítimos del Soberano y en la acción de Funes, la primera de la independencia hispanoamericana realizada el 11 de noviembre de 1809, dio buena cuenta de los rebeldes del Sur.

Otro importante antecedente fue la conducta observada por las distintas fuerzas independientes que obraron sobre Pasto; en primer término de las tropas quiteñas del Coronel Pedro Montúfar, cuando en un descuido de la ciudad, la ocuparon a mediados de 1811, cometiendo espantoso saqueo; sobre el particular dice un documento de la época: "por las calles solo se veían partidas de soldados arma al brazo, mientras otros buscaban tesoros en el interior de la casa, abriendo las arcas a culatazos e intimidando a los pocos habitantes que habían quedado guardándolas, con la punta de las bayonetas, o a puñetazos, o a patadas para que entregaran lo de algún valor que tenían" (6).

Este comportamiento lo trató de corregir luego don Joaquín de Caycedo y Cuero, mediante un gobierno de reconciliación benéfico y prudente que infortunadamente duró poco tiempo, pues los patianos, cortados por el mismo tallo de los pastusos aun cuando menos disciplinados y más crueles, acudieron en auxilio de sus aliados apoderándose de la ciudad. De tal suerte la Junta de Gobierno de Popayán, vióse obligada a enviar considerable fuerza bajo el mando del Coronel José María Cabal, con severas instrucciones de fusilar a toda persona que fuera sorprendida con las armas en la mano contra la independencia; y el destacado militar de la Primera República, celoso del deber e instigado por su segundo, el norteamericano Alejandro Macaulay, cumplió estrictamente la misión sin perdonar siquiera

a los Ministros de Dios, lo cual obviamente, encendió aún más la furia de aquellas gentes que, posteriormente engañadas con las falsas proposiciones de paz por parte de Macaulay, propinaron al norte de la ciudad tremenda derrota a los patriotas, tomándoles 400 prisioneros, entre ellos al benemérito prócer Joaquín de Caycedo y Cuero y al infortunado aventurero norteamericano, quienes posteriormente fueron fusilados.

Finalmente, pastusos y patianos cerraron con broche de oro, para España, este primer intento de independencia colombiano, al destrozarse en los ejidos de la ciudad al ejército conducido desde Santafé por el Presidente de Cundinamarca, General Antonio Nariño, quien en medio de su desventura, con el coraje de las almas superiores y su diáfana personalidad, pudo sin embargo, apaciguar la turba enardecida que pedía como trofeo su cabeza.

Naturalmente, la falta de tacto psicológico de los distintos caudillos patriotas para manejar la situación, y la circunstancia de que estos en buena parte estaban influenciados por el espíritu anticlerical y masón de la época, dieron piso para que en 1819, al aparecer victoriosas las huestes libertadoras, el obispo de Popayán y todos los curas realistas, los señalaran como fuerzas del mal y anticristos de los que había que defenderse para ganar el cielo, garantizar la fe católica y mantener incólume los derechos de Fernando VII, legítimo representante en la tierra de la autoridad divina.

No puede ser extraña entonces la actitud del pueblo pastuso, al aparecer en escena el Coronel don Sebastián de la Calzada, máxime cuando con él llegaba el ideólogo de la causa, el obispo de Popayán; por eso le fue relativamente fácil reclutar e instruir en escasos dos meses una fuerza de más de 1.000 voluntarios que formaron los batallones Cazadores, Pasto y un escuadrón de caballería; el batallón de los Andes de 400 plazas y una brigada de artillería, fue enviada desde Quito por su Capitán General don Melchor Aymerich, y el Voluntarios de Aragón de 500 veteranos a órdenes del Teniente Coronel Basilio García, venía desde Santafé. De esta forma, la división realista de Pasto, alcanzó en los primeros días de 1820, la significativa cifra de 2.200 hombres, sin contar algunas guerrillas de patianos que operaban entre el Juanambú y Popayán.

Por su parte el Coronel Obando, con el veterano Cazadores de 400 hombres y 200 reclutas más que se disciplinaban en la ciudad, realizó varias correrías por Tambo y Timbío, lugares hasta donde podía salir sin que los habitantes de Popayán se agitaran en favor del Rey, e inclusive envió al Capitán Báez hasta el Patía, el cual tuvo que replegarse después de sufrir seria derrota por las gueurrillas. Resulta así inexplicable el hecho de que, advertido ya personalmente o por los simples rumores callejeros de la aproximación de Calzada con una fuerza más de tres veces superior a la suya, no hubiera tomado las providencias indispensables para salvar a sus tropas, ya

evacuando la ciudad en busca de una mejor línea de defensa al norte, donde además podía recibir refuerzos del Valle del Cauca, ya, si quería conservar la ciudad, reforzando la vigilancia exterior con puestos adelantados de observación o fortificando cada una de las entradas. Pero nada de esto ejecutó y Calzada pudo avanzar tranquilamente hasta la capital de la provincia donde hizo su aparición en la madrugada del 24 de enero, cuando al parecer algunos oficiales patriotas dormían plácidamente después de un baile (7).

A pesar de la sorpresa, el centinela de la torre alcanzó a dar la alarma que permitió al Capitán Báez salir con unos pocos soldados a contener el primer ataque de la vanguardia enemiga, ofrendando su vida heroicamente; si en este momento el Comandante patriota hubiera escuchado la voz de su Jefe de Estado Mayor que le propuso el repliegue por el callejón del Cauca al Valle, sitio este donde no había llegado todavía el Comandante realista José María Obando, el batallón Cazadores de Vanguardia se hubiera salvado totalmente; mas no ocurrió así, antes por el contrario, ordenó la defensa de la plaza, que ante la abrumadora superioridad numérica de los realistas pronto fue copada por todas partes y cada uno de los defensores en medio del desorden y la confusión solo tuvo tiempo de preocuparse por su persona. El Coronel Antonio Obando debió su salvación a la mujer llamada Sebastiana Sandoval, alias "la pavo real", quien lo escondió en su casa y luego le proporcionó un baquiano y cien pe-

sos para que a la madrugada del día siguiente saliera por las orillas del río Molino a la Plata. Los oficiales y tropas capturados fueron en su mayoría fusilados y en el peor de los casos, barbaramente torturados, pues Basilio García no perdonó siquiera a los sospechosos; dice al respecto el General López: "todavía se hacía la guerra a muerte cuyo recuerdo me estremece. El Teniente Coronel don Basilio García, Comandante del batallón Aragón, español cruel y sanguinario, no dejó con vida ni a los heridos que a su paso encontró en las calles y en la plaza, mucho menos a los prisioneros que hizo su batallón. Dueños de la ciudad, procedieron a saquear los almacenes de comercio y algunas casas principales" (8).

Organizado nuevamente el gobierno realista de la ciudad bajo las órdenes del Capitán don Eugenio Tamariz, Calzada prosiguió al Valle del Cauca con el triple propósito de apoyar las operaciones de Warleta en Antioquia, requisicionar víveres, elementos y ganados para continuar la Campaña hacia Ibagué, y principalmente castigar el espíritu rebelde de sus habitantes. Llegó a Cartago a comienzos de febrero, de donde despachó una compañía de 200 hombres a las Vegas de Supía, enterándose así de la huida de Warleta gracias a la acción enérgica y decidida del joven Comandante José María Córdoba; esta razón y la guerrilla independiente que acaudillaba el inglés Runel en Jamundí que amenazaba frecuentemente sus comunicaciones con Popayán, le obligaron a replegarse a

Cali, donde el Coronel venezolano Nicolás López, combatió exitosamente la facción guerrillera.

La correría de Calzada por esta región no pudo ser más execrable, aun cuando hay que abonarle la circunstancia de que los crímenes los cometían García y Muñoz a sus espaldas. Veamos lo que sobre el particular afirma uno de los Comandantes realistas que servían bajo sus órdenes:

"Calzada marchó hasta Cartago, en donde se le incorporó el Teniente Coronel Simón Muñoz, que se había mantenido oculto por las montañas. Contramarchó por la vía de Cali, y destinó una fuerza a órdenes de dicho Muñoz, para que recorriendo la banda oriental del Cauca, remitiera ganados y víveres a la plaza de Popayán donde iba a ser el cuartel general. Mi compañía tuvo la desgracia de ser una de las destinadas para formar esta fuerza y yo el tormento de servir a órdenes inmediatas de ese Muñoz, hombre execrable por sus excesos. Frecuentemente tenía el trabajo de estarle quitando las ocasiones de asesinar, ya que por ser su inferior no podía quitarle las de robar. Marchando una vez para Palmira por la vía de Santana, en el paso de un riachuelo fue asesinado el asistente de un oficial Alen, que se había atrasado: Muñoz entonces volvió a ese punto con toda la fuerza, la distribuyó en diferentes partidas, y ordenó a los comandantes de cada una de ellas que cruzasen aquel monte por todas las direcciones, que matasen cuantos vivientes encontraran ocultos, y que cometieran todos los

excesos de una venganza licenciosa. Mi compañía fue destinada a salir al llano de Vanegas; yo no encontré a otro racional que al señor Miguel Barrera, que salía del monte con intención de presentársenos, y todavía está vivo. Reunidas las partidas cerca de la noche en la hacienda de Perodias, supe por ellas que habían encontrado y asesinado varias personas, cumpliendo con las órdenes de Muñoz. Después, en una hacienda de Guacarí, cerca de la ciudad de Buga, recuerdo que tenía amarrados a unos infelices, en casa de un don Juan Cabal, confesados ya por el cura doctor Cayetano Domínguez, para quitarles la vida: me opuse con cuanta energía me permitía mi situación; y creyéndolos fuera de peligro por lo que me había ofrecido Muñoz, me separé a la sabana a tomar unos caballos para remonta, cuando a poca distancia tuve el dolor de oír los tiros con que los había hecho fusilar" (9).

Mientras estos sucesos ocurrían en el Sur, Bolívar en Angostura consolidaba la unión de la Nueva Granada y Venezuela en una sola República, con lo cual el ejército libertador adquirió el respaldo político necesario para proseguir su camino de triunfos: infortunadamente el suceso de Popayán, no solo ocasionó la desaparición temporal del mejor batallón de infantería colombiano y la ocupación de toda la

provincia del Cauca por las fuerzas realistas, sino que además puso en grave riesgo la recién conquistada libertad de Cundinamarca y demoró por varios meses la ejecución de los planes de campaña previstos para la Costa Atlántica y Venezuela, ya que el Libertador y el Vicepresidente tuvieron que apelar a los cuerpos que se entrenaban y disciplinaban en las provincias del Socorro, Tunja, Santafé y Neiva para oponerlos a Calzada, dejando sin reserva el importante teatro de operaciones del Táchira.

NOTAS

- (1) Carta de Sámano al Gobernador de Antioquia del 22 de octubre de 1819 - Juan Friede. La Batalla de Boyacá a través de los Archivos Españoles - pág. 143.
- (2) Oficio No 12 del señor General Calzada a Su Señoría Ilustrísima Don Salvador Jiménez de Padilla. Juan Friede. La Batalla de Boyacá a través de los Archivos Españoles - pág. 225.
- (3) Carta de Joaquín Ricaurte a Santander. Vol. 3 - 255.
- (4) Oficio No 3 de Calzada al Mariscal de Campo Don Melchor Aymerich. Juan Friede. La Batalla de Boyacá a través de los Archivos Españoles - pág. 242.
- (5) Oficio de Santander a Calzada. Roberto Cortázar. Cartas y Mensajes de Santander. Vol. I-342 y Carta de Santander a Bolívar en el mismo, pág. 350.
- (6) Agustín Agualongo y su época. Sergio. Elías Ortiz - pág. 165.
- (7) Tal afirmación proviene de José Manuel Restrepo, pero es negada por el General Antonio López.
- (8) Recuerdos Históricos. General Antonio López - pág. 21.
- (9) Apuntamientos para la Historia - José María Obando - Tomo I - 2.